

el mundo con las apariencias que convienen al descendiente de una familia noble.—Como la pérdida más insignificante podía alterar toda la economía de su modo de vivir, nunca jugaba, y, al obrar así no se imponía sacrificio alguno, puesto que el juego carecía para él de todo atractivo. Por otra parte, adelantaba de una manera increíble en todo cuanto emprendía, y la buena suerte del caballero de Ménars, llegó á ser proverbial. Una noche, contra su costumbre, se dejó llevar á una casa de juego. Los amigos que le habían arrastrado se entregaron muy pronto á las peripecias del azar.

Enteramente preocupado con otros pensamientos, el caballero se paseaba á lo largo de la sala, y de vez en cuando se detenía junto á la mesa del juego en que el banquero amontonaba sus pilas de oro. De repente un coronel anciano, mirando al caballero exclamó: “¡ Con mil demonios! Monsieur de Ménars se halla aquí con su buena suerte y nosotros nada podemos ganar, puesto que no toma partido ni por el banquero ni por los puntos; pero esto no durará más tiempo; es necesario que al instante apunte por mí.”

El caballero se excusó con su ignorancia y falta de práctica. El coronel insistió y le condujo á la mesa del juego.

Sucedió, señor barón, al caballero, precisamente lo que os ha sucedido á vos. Todas las cartas le salían bien y muy presto ganó una suma considerable para el coronel, que no sabía como aplaudir la excelente idea que tuvo de emplear la estrella del caballero. Esta buena suerte que admiraba á todo el mundo no hizo la menor impresión en Mr. de Ménars; al contrario, su aversión al juego creció á tal punto, que al siguiente día, cuando resintió las fatigas físicas y morales de aquella noche de desvelo, se prometió no volver jamás por ningún título á una casa de juego. La conducta del viejo coronel le afirmó todavía mas en su resolución; tan luego como éste apostaba á una carta, perdía y atribuía su desdicha al caballero. Conjuró de nuevo á Mr. de Ménars á que apuntase más por él, ó, por lo menos, á que estuviese en su presencia durante el juego, á fin de alejar por este medio al demonio funesto que hacía fracasar todas sus combinaciones. Sabido es que en nadie residen tan locas supersticiones

como entre los jugadores. El caballero no pudo librarse de tan importunas solicitudes sino declarando al coronel que mejor querría batirse que jugar de nuevo.

Esta historia, realzada y aumentada con multitud de detalles misteriosos, corrió de boca en boca, y el caballero fué considerado como hombre que, por medio de un pacto secreto, se ha aliado con las potencias sobrenaturales. Pero como, á pesar de su buena suerte, se obstinaba en no tocar carta alguna, fué preciso al cabo hacer justicia á su firmeza de carácter, y la estimación que se le tenía no hizo más que aumentarse.

Cosa de un año habría pasado cuando Ménars se halló en grande embarazo por la inesperada suspensión de la renta que proveía á su modo de vivir. Viose obligado á recurrir á uno de sus amigos, quien desde luego le auxilió, acusándole al mismo tiempo de ser el hombre más raro que conocía,

—El destino, le dijo, nos indica la senda que debemos seguir para llegar á la fortuna: nuestra sola indolencia es la que nos impide observar y comprender tales indicaciones. El poder supremo que nos gobierna ha hecho resonar en tus oídos estas pa-

labras: ¿Quieres adquirir oro y bienes? Vé á jugar; de lo contrario serás pobre, débil y dependiente.”

En este momento el recuerdo de la extraordinaria buena suerte que había tenido al faraón, se presentó vivamente á su espíritu. En sus vigiliass y en sus sueños no veía sino las cartas, ni oía otra cosa que la voz monótona del banquero repitiendo: “¡gana! ¡pierde!” y el retintín de las monedas de oro.

“En verdad, se decía á sí mismo, que una sola noche como aquella me sacaría de la miseria, librándome del temor de ser siempre gravoso á mis amigos. Mi deber consiste en obedecer la voz del destino.” El amigo que le había aconsejado jugar, le llevó á una partida y le dió veinte luises de oro á fin de que experimentase los azares del juego. Si, apuntando por el coronel, el caballero había jugado con brillante éxito, esta vez sucedió otra cosa más rara. Sacaba Ménars las cartas ciegamente y sin reflexionar, y una mano invisible, la mano de la suerte, parecía cuidar su juego. Cuando se levantó de la mesa del faraón, había ganado veinte mil luises. Al día siguiente des-

perió con una gran turbación de espíritu. El oro que había ganado estaba sobre la mesa; creyó soñar, restregóse los ojos y se aproximó al dinero. Cuando recordó lo que había pasado, cuando contó y recontó su ganancia con alegría, un veneno funesto penetró por la primera vez en sus entrañas; ¡Adiós de la pureza de sentimientos que por tan largo tiempo había conservado!

Apenas podía resignarse á esperar la hora de la noche en que debía volver á la mesa del juego. Su buena suerte continuó y en el espacio de pocas semanas, jugando todas las noches, había ganado sumas considerables.

Hay dos clases de jugadores. Para algunos el juego es un placer indecible: los singulares encadenamientos del azar cambian á cada instante; las potencias sobrenaturales parecen adelantarse hacia nosotros, y hay en ello no sé qué emoción misteriosa que agita nuestro ánimo. Diríase que debemos lanzarnos á las sombrías regiones de esas potencias, observar sus obras y espiar sus secretos. Conocí a un individuo que, encerrado día y noche en su estancia, jugaba contra sí mismo; éste era, en mi concep-

to, un verdadero jugador. Otros no piensan sino en la ganancia y miran el juego como un medio de enriquecerse prontamente. El caballero entró en esta última categoría y probó que la pasión del juego se refiere á la naturaleza individual, y, en cierto modo, es innata en ella.

El círculo estrecho á que se halla limitada la acción del que apunta parecióle muy presto demasiado mezquino. Con el dinero que había acumulado estableció una banca que vino á ser luego la más rica de París, y la mayor parte de los jugadores se reunieron á su rededor.

La existencia sombría y borrascosa del jugador destruyó muy presto todas las ventajas físicas é intelectuales que habían atraído al caballero el afecto y la estimación del mundo.—Ya no era aquel amigo fiel, hombre de sociedad, alegre y espiritual, y adorador caballeresco de las señoras; su amor á las ciencias y las artes se había extinguido: su deseo de instruirse había desaparecido; en su rostro pálido y sin brillo, en el sombrío ardor de sus ojos hundidos, se veía arder la pasión funesta que le subyugaba. Esta pasión no era el amor al

juego: era la espantosa avaricia que Satanás había introducido en su corazón. Vino á ser el más cumplido banquero que se haya visto.

CAPITULO TERCERO.

Una noche el caballero Ménars, sin experimentar pérdidas importantes, halló sin embargo, que la suerte le favorecía menos que de costumbre. Un anciano de corta estatura, seco, pobremente vestido y de aspecto antipático, se aproximó á la mesa, tomó con mano temblorosa una carta y puso en ella una moneda de oro. Varios jugadores vieron desde el principio al anciano con sorpresa, y en seguida trataronle con evidente menosprecio sin que él pareciese conmoverse ni quejarse de ello.

Perdió las apuestas una tras otra, y mientras más perdía más se regocijaban los jugadores. Cuando, doblando todas sus apuestas, llegó á perder en ellas quinientos lises á una misma carta, uno de sus vecinos exclamó riéndose: “¡Bravo, Sr. Ver-

tua, bravo! No perdais ánimo; continuad; pareceme que arruinaréis la banca y que ganaréis enormes sumas.” El viejo dirigió á quien así se burlaba una mirada de basilisco; en seguida dejó la sala y volvió media hora después con los bolsillos repletos de oro; pero á las últimas apuestas vióse obligado á detenerse, [porque había perdido ya cuanto había llevado consigo.

El caballero, que en medio de su vida desordenada había, sin embargo, conservado el sentimiento de las conveniencias sociales, extrañó mucho la ironía y el desprecio con que era tratado aquel anciano. Al terminar el juego hizo á propósito de ello una indicación á algunos jugadores que aun permanecían allí.

¡Vamos, vamos! contestó uno de ellos: no conocéis al viejo Francisco Vertua; de no ser así, lejos de dirigirnos reproches, aprobaríais nuestra conducta. Sabed que este Vertua, napolitano de nacimiento, establecido desde hace quince años en París, es el avaro más indecente y el usurero más impío que pueda darse. Todo sentimiento humano le es desconocido; vería á su mismo hermano retorcerse á sus piés en las con-

vulsiones de la muerte y no daría un luis de oro por salvarle. Las maldiciones de infinidad de hombres y de familias enteras á quienes ha arruinado por medio de sus diabólicas especulaciones, pesan sobre su cabeza. Es aborrecido de cuantos le conocen; cada cual desea que la venganza del cielo le castigue por el mal que le ha inferido. Nunca ha jugado, al menos desde que está en París, y no podéis figuraros la sorpresa que hemos experimentado viéndole entrar en esta sala. Nos hemos regocijado al verle perder, porque hubiera sido muy triste que la fortuna favoreciera á un hombre tan malo. Es cierto que los tesoros de vuestra banca han cegado á este viejo loco; esperaba desplumaros y él es quien ha perdido sus plumas. No comprendo, por lo demás, cómo este sórdido avaro ha podido decidirse á jugar tan fuertemente; pero no volverá, nos hemos librado de su presencia.

No se realizó tal predicción. A la noche siguiente, Vertua se colocó de nuevo ante el caballero y perdió mucho más que la víspera. Sin embargo, permaneció tranquilo, y hasta se sonreía amarga é irónicamente al-

gunas veces, como si hubiese previsto un próximo cambio; pero la pérdida del viejo se aumentó como un alud en los siguientes días, hasta que, al fin, hízose la cuenta de que había dejado en la banca 30,000 lises de oro. Una noche entró con el rostro pálido y descompuesto; sentóse á cierta distancia de la mesa, con los ojos fijos en las cartas que tenía el caballero. En el momento en que iba á comenzar nueva apuesta, exclamó con una voz que hizo temblar á todos los circunstantes: “Deteneos:” en seguida, penetrando al través de la turba de jugadores, se aproximó al caballero y le dijo con voz sorda: “¿Queréis considerar en 80,000 francos mi casa de la calle de San Honorato, con mis muebles, servicio de plata y alhajas?”

—Admitido, contestó friamente el caballero, sin volverse siquiera hacia el viejo, y comenzó á tallar.

—“La dama,” dijo Vertua, y al primer golpe había perdido la dama. El viejo dió un salto hacia atrás y se apoyó, en una especie de desvanecimiento, contra la pared: parecía estatua inanimada. Nadie se ocupó de él.

Había acabado el juego; los jugadores se

retiraban; el caballero acompañado de su dependiente, recogía la ganancia y la guardaba en su arquilla. El viejo Vertua, como un espectro, se adelantó hacia él y le dijo con voz sombría “Caballero, una palabra, una sola palabra más.”

—Y bien ¿qué sucede? contestó el caballero, quitando de la cerradura la llave de la arquilla y midiendo al viejo con su mirada despreciativa desde la cabeza hasta los pies.

—Caballero, dijo Vertua, he perdido en vuestra banca toda mi fortuna; nada me resta, absolutamente nada. No sé dónde reclinaré mañana mi cabeza, ni como satisfaré mi hambre. En tales circunstancias recurro á vos: prestadme la décima parte de las sumas que me habéis ganado, á fin de que vuelva á comenzar mis negocios, librándome así de una espantosa miseria.

—¿En qué pensáis señor Vertua? respondió el caballero: ¿no sabéis que un banquero jamás debe prestar lo que ha ganado? Esto sería contra todas las reglas, y no puedo infringirlas.

—Tenéis razón, contestó Vertua, mi pretensión es exagerada y loca. ¿La décima

parte! No, prestadme solamente la vigésima

—Os repito, contestó el caballero, que no prestaré un centavo de lo que he ganado.

—Es cierto, replicó Vertua, cuyo semblante se ponía cada vez más pálido y cuyas miradas se iban haciendo más sombrías; es cierto que nada debéis prestar; yo haría lo mismo. Pero se da limosna á un mendigo: conceded cien luises de oro á aquel cuya fortuna os ha puesto hoy en las manos su mala suerte.

—En verdad, Señor Vertua, exclamó el caballero encolerizado, que lo entendéis en esto de atormentar á vuestros conocidos. Os digo que no tendréis de mí ni cien, ni cincuenta, ni veinte, ni un solo luis de oro. Sería preciso que yo estuviese loco para daros los medios de volver á tomar vuestro oficio. La suerte os ha arrojado en el polvo como á insecto dañino, y sería un crimen levantaros. Idos y vivid como lo habéis merecido.

Vertua ocultó el rostro con sus manos y lanzó un profundo gemido. El caballero ordenó á sus criados que llevasen la arquilla

al coche, y exclamó con voz atronadora: “Señor Vertua, ¿cuándo me entregaráis vuestra casa y vuestros efectos?”

Vertua se levantó súbitamente y con tono firme le contestó: “Al instante, venid conmigo, caballero.

—Bien, dijo éste: voy á conducirlos en mi coche á vuestra casa, que mañana dejaréis para siempre.

Durante el camino ni Vertua ni el caballero pronunciaron palabra. Llegado á la puerta de la casa, Vertua tira del cordón de la campanilla. Una viejecita viene á abrirle, y exclama tan luego como le ve: “¡Dios del cielo! ¿Sois vos al fin? Angela sucumbe á las angustias que le ocasionáis.

—¡Silencio! contestó Vertua. ¡Dios quiera que Angela no haya oído el metal de esta desdichada campana; Angela debe ignorar mi vuelta!

Diciendo estas palabras, tomó la vela de las manos de la atónita vieja, y alumbró al caballero.

—Estoy dispuesto á todo, dijo. Me aborrecéis, caballero, me despreciáis; mi ruina os halaga, lo mismo que á otros; pero no me conocéis. Sabed que he sido otras veces

jugador, como vos; que la fortuna me ha favorecido, como á vos; que, recorriendo la Europa, me detenía donde quiera que un juego considerable daba esperanzas de ganancia, y por donde quiera, el oro afluía á mis bolsillos lo mismo que á los vuestros. Tenía una mujer honrada y hermosa á quien yo descuidaba y que vivía miserablemente en medio de mis riquezas. Un día, en Génova, un joven romano vino á jugar su opulento patrimonio en mi banca. Lo mismo que yo he implorado vuestra piedad, imploró la mía para obtener algún dinero para volverse á Roma. Yo le rechacé con desdén, y en el delirio de su furor me hirió con un estilete en el pecho. A duras penas consiguieron salvarme los médicos y mi convalecencia fué larga y penosa. Entonces mi mujer tuvo cuidado de mí; me consoló y sostuvo en mis sufrimientos y, á medida que yo renacía á la salud, experimentaba un sentimiento que crecía más y más; que yo había desconocido hasta entonces. El jugador permenece extraño á todos los afectos humanos. Yo no sabía lo que era el amor y la fiel adhesión de una mujer. Ví entonces cuán ingrato había sido mi co-

razón hacia mi esposa y á qué inclinación tan culpable la había sacrificado. Ví aparecer como los demonios de la venganza, todos aquellos cuyo reposo y cuya dicha había destruido con funesta indiferencia; oí salir del sepulcro voces irritadas que me reprochaban todas mis faltas y todos aquellos crímenes, cuyos primeros gérmenes yo mismo había hecho nacer. Únicamente mi esposa alejaba de mí las angustias y los terrores desconocidos que experimentaba.

Hice voto de no volver á tocar una carta. Rompí los lazos que me encadenaban y rechacé las instancias de mis compañeros que confiaban en mi buena suerte. Alquilé una casita de campo cerca de Roma, y en aquel retiro disfrutaba de una tranquilidad y una satisfacción que jamás había sentido.

¡Ay! esta felicidad no duró más que un año. Mi esposa dió á luz una niña y murió algunas semanas después. En mi desesperación acusé al cielo y me maldije á mí mismo: maldije la vida culpable que había llevado y por la cual me castigaba la Providencia, quitándome mi única esperanza, mi solo consuelo. Semejante al criminal que

teme la soledad, dejé mi retiro y vine á establecerme en París.

Angela, dulce imagen de su madre, crecía á mi vista. Todo mi corazón estaba puesto en ella, y no quería acrecentar mi fortuna sino para ella. Cierto es que he prestado dinero á intereses crecidos; pero es una calumnia indigna acusarme de haber ejercido una usura engañosa. ¿Quiénes son mis acusadores? Hombres pródigos que me atormentan sin cesar hasta que les presto el dinero que disipan como un objeto sin valor, y que se irritan cuando les exijo el reembolso de una suma que no me pertenece á mí sino á mi hija, puesto que yo me consideraba sólo como administrador de su fortuna. No hace mucho tiempo que salvaba á un joven de la infamia, adelantándole una suma considerable. No se la reclamé hasta que supe que acababa de entrar en posesión de una rica herencia. ¿Creeríais, caballero, que ese miserable osase negar la deuda y tratarme como á un infame usurero ante los tribunales? Podría citaros algunos ejemplos de este género que han contribuido á volverme duro y sin piedad. Al contrario, podría aseguraros que he secado muchas lágrimas;

que muchas oraciones han subido al cielo por mí y por mi Angela; pero calificaréis de fanfarronada mi relato, puesto que sois jugador.

Creía haber apaciguado la justicia del cielo; pero esto era un error. Yo estaba entregado al demonio, que debía cegarme más que nunca: oí hablar de vuestra dicha, caballero: todos los días se me nombraba tal ó cual individuo convertido en mendigo por vos. Vínome la idea de que yo estaba destinado á ensayar contra vos mi fortuna que jamás me había abandonado; que estaba llamado á poner fin á vuestra rapacidad; y este pensamiento, fomentado en el delirio, no me dió ya tregua ni reposo. Me presenté en vuestra banca, y no conocí mi locura sino después de haber perdido cuanto Angela posee.... Ahora no hay remedio.... ¿Permitiréis, al menos, que mi hija lleve consigo sus vestidos?

— Nada me importa el guardarropa de vuestra hija; podéis tambien tomar vuestras camas y utensilios de cocina. ¿Qué necesidad tengo de todas estas miserias? Pero ¿cuidado con sustraerme algún objeto de valor!

Vertua contempló algunos instantes al caballero en silencio, y súbito un torrente de lágrimas brotó de sus ojos. Cayó á los piés de Ménars y exclamó con las manos juntas y el acento de la desesperación: “Si conserváis un solo sentimiento misericordioso en vuestro corazón, ¡tened piedad, tened piedad! No es á mí, sino á mi hija, á mi Angela, á este ángel inocente, á quien precipitáis en el abismo. ¡Oh! compadeceos de ella y prestadle solamente la vigésima parte de los bienes que le habéis quitado. Lo sé; os dejaréis ablandar, ¡Oh Angela ¡Hija mia....! “Y lloraba, repitiendo con voz desgarradora el nombre de su niña.

—Esta ridícula comedia comienza á fastidiarme, dijo el caballero con tono desdenoso. Pero, en el mismo instante, una jóven en traje de noche, esparcidos los cabellos y la muerte pintada en su rostro, se precipitó hacia el anciano Vertua, alzóle y estrechándole á su pecho, exclamó: “¡Oh padre mío! todo lo he oido, todo lo sé ¿Habéislo perdido todo? ¿No os queda, por ventura, vuestra Angela? ¿No sabrá ella cuidar de vos? ¡Oh padre mío! no os humilléis ante un sér tan despreciable. No somos noso-